



MERCADO DE SANABRIA. MAJADAHONDA. MADRID

Paralelismo

CARMEN RESINO

Laura y David vivían en propiedad horizontal. En el mismo bloque. Un bloque rodeado de jardines, dentro de una zona residencial de tipo medio. Él, en el tercer piso; ella, en el segundo, en la misma mano, justo debajo. Tenían, por tanto, las mismas habitaciones, las mismas ventanas, la misma distribución y los mismos paisajes. El cuarto de estar de ella era igual al de él, y el dormitorio de él se correspondía con el de ella. Por las noches David oía cómo Laura bajaba las persianas, o al revés, que lo hacían aproximadamente en torno a las doce. También, para subrayar el paralelismo, tenían ambos dos hijos, chico y chica, y dos perros, macho y hembra, y para colmo estaban libres, que a David le había abandonado su mujer y a Laura su marido.

Durante el día apenas si se oían, que los dos regresaban tarde del trabajo, casi a la misma hora, y sólo durante los fines de semana podían percibir uno del otro las tenues músicas, el abrir y cerrar de puertas, ventanas, grifos y cisternas; la vivencia, en suma. Los hijos, tanto los de él como los de ella, armaban bastante jaleo, que los jóvenes son ruidosos por naturaleza, pero Laura y David eran silenciosos, de movimientos suaves, de esos que apenas si se dejan notar.

Laura y David llegaron a la urbanización en el mismo año: ella en primavera y él en otoño. Los dos con la herida abierta de sus respectivos matrimonios rotos, intentando recuperarse en el nuevo lugar, sintiéndose como enfermos convalecientes. Habían dejado sus anteriores viviendas, mejores, más amplias, ¡pero qué se le iba a hacer, había que adaptarse a la nueva situación!, llenas de vivencias y recuerdos, sus anteriores barrios, y habían ido a parar a aquella urbanización de Majadahonda, soleada, no excesivamente cara, más bien de tipo medio, y anunciada en prensa y radio como una oportunidad de vivir más sano y mejor.

Los anteriores pisos estaban vendidos, repartidas las ganancias, y tan perdidos ya para la vida como los cónyuges que los habían abandonado. Llegaron, pues, entre tristes e ilusionados, que era preciso no vararse y seguir, aunque fuera a



contrapelo, y aquella urbanización coqueta y alegre se les antojaba como un refugio para la recuperación, las posibilidades inéditas, y eso que a todos sus amigos les daba por llamar nueva vida.

Colocaron sus muebles, esos muebles salvados del naufragio de la separación, los que les tocaron después del reparto, entre paredes distintas a las habituales, en rincones que en principio se les antojaron desconocidos, inencajables y hasta hostiles; y tanto los de él como los de ella resultaron grandes, desproporcionados, que venían acostumbrados a mayores espacios, y en resumidas cuentas, inadecuados para el nuevo piso más pequeño y moderno.

A David y a Laura, en un principio, también les sucedió lo mismo que a los muebles. También parecía faltarles aire y espacio, y no obstante, contradictoriamente, tenían la sensación de estar perdidos, desorientados, con ese cierto toque de angustia que proporciona el no sentirse en su sitio. Habían sido muchos años de aparente estabilidad, demasiados, para acomodarse rápidamente, de la noche a la mañana como el que dice, al destierro. Cuando les abandonaron, David llevaba quince años de matrimonio, y Laura diecisiete. Muchos, para

lanzarse alegremente a la nueva vida y tirar salvas a la recobrada libertad, como decían los amigos para darles ánimos:

-¡ Ya quisiera yo estar tan libre como tú, sin dar cuentas a nadie!

-No has perdido nada: ahora podrás dedicarte a ti, cosa que no has hecho...

- Acuérdate de lo que te digo: el buey suelto, bien se lame...

-Lo peor es por los chicos, pero tú vas a salir ganando, y si no, al tiempo...

Sin embargo, pese a todos los comentarios, pese a todos los fingidos entusiasmos, los amigos les miraban con lástima y hacían entre ellos comentarios crueles:

-¡ Bien se la jugaron al pobre David!... Yo ya lo veía venir, y se lo decía, pero él erre que erre, que no quería darse por enterado... ¡Y encima le deja a los chicos, la muy lista!

-¡ Qué pena Laura! ¡No levanta cabeza! Ella se las da de animosa, pero ¡ya, ya!... Es que la faena que le han hecho no es cualquier cosa: ¡después de diecisiete años de matrimonio y cinco de noviazgo! Prácticamente, el único hombre que ha conocido, ¡que no tuvo más novio que él!...

-¡ David, loco por su mujer, aunque lo disimule, y pese a todas las faenas! Yo creo que es la única mujer de su vida...

Y era verdad: tanto Laura como David no habían tenido otros amores que sus respectivos: él, por timidez y exceso de trabajo quizás, y ella por absoluto embeleso, que se chifló de ese primer novio al instante de verlo, cuando todavía vestía uniforme de colegio, y esta temprana enajenación no le permitió mirar alrededor, lo que le aconsejaba todo el mundo:

-¡Hija!, Laura, que eres demasiado joven para comprometerte de por vida... Tú sal, conoce y diviértete, y si luego te sigue gustando ese chico, pues adelante.

Por eso, cuando el marido le planteó la separación, ella no lo pudo creer, que nunca hizo otra cosa que venerarle, adaptarse a todo lo que fuera su voluntad y mirar por él. Laura no entendía por qué, qué había hecho mal, cuál había sido su error: siempre procuró seguir al pie de la letra las normas que le dieron como garantía de éxito matrimonial. Según éstas, había sido una esposa y madre modelo, y además se conservaba guapa: sus dos hijos y el trabajo no eran obstáculo para sus sesiones de peluquería, su masaje, su régimen, su cuidado en el vestir. Era, desde todos los puntos de vista, una señora verdaderamente aparente, amablemente mundana y, no obstante, doméstica. Se entregaba a sus hijos y al trabajo, sin escatimar el tiempo para el marido. Era, para muchos, perfecta. Entonces, ¿dónde estaba el fallo?, ¿qué había hecho mal?, ¿por qué, a pesar de esa perfección que todos le reconocían, tenía sensación de culpabilidad, de frustración acarreada por sus propios errores?, ¿por qué si era buena, culta, dispuesta y deseable, su marido había optado por abandonarla? Algo tenía que haber; algún error, algún fallo, porque para colmo y contraviniendo todas las previsiones, el marido la había abandonado por una mujer aparentemente vulgar. Sí, su rival, curiosamente, ni era bella, ni rica ni excesivamente joven, que incluso era mayor que Laura.

¿Qué había buscado-encontrado el marido en la otra para que se decidiera a romper con un matrimonio que se ponía como ejemplo?

Era tal la culpabilidad de Laura, que ni siquiera se sintió con fuerzas para luchar por la casa en la que vivieron, por los enseres que habían comprado entre los dos. Cuando el marido dijo que lo mejor era vender la casa y repartirse el dinero, Laura no objetó nada, pese a las insistencias de la abogada y la indignación de sus amigas:

-¿Vas a vender la casa? ¡Qué error! ¡Si él se va, es su problema, que se las apañe como pueda! Tú no sueltes nada. Y menos la casa. La casa, óyelo bien, ¡lo último!

-También es suya - alegaba Laura con inusitada testarudez.

En realidad Laura quería terminar cuanto antes con el asunto. No deberle nada. No saber de él más que lo indispensable. Tampoco del fracaso. Además, no deseaba seguir viviendo en el mismo sitio donde habían sido tan felices. En ella no se recuperaría, no se recompondría nunca, que se le antojaba ya como un catafalco. Mejor irse. Cambiar hasta de barrio, ya que no podía hacerlo de ciudad. Estaba, por otra parte, el asunto económico:

-Yo sola no puedo mantener esta casa. Además, ¿qué hago con más de doscientos metros cuadrados? Nada, que no. Aire, aire...

Nada, liquidar cuanto antes..., borrar las huellas, las más posibles.

Curiosamente, a David le había pasado casi lo mismo; a la inversa, pero lo mismo.

Cuando su mujer le dijo que pensaba dejarle, sintió que se le desplomaba el techo sobre su cabeza:

-¿Cómo dices? -llegó a preguntar. Y formuló la pregunta con la inocencia del que está seguro de haber oído mal.

Ni sospecharlo. ¿O fue tonto tal vez, o demasiado ingenuo? Lo cierto es que ella se había mostrado siempre amable, comunicativa, cariñosa... Le traía a veces regalos, sin motivo alguno, porque sí.

-Mira lo que te he traído, pensé que te gustaría. Lo vi en el escaparate y me dije: le encantará. Di, ¿te gusta?

Siempre, siempre le gustaba. Su mujer era sorprendente, vivaz, entregada. No obstante, le dejó por otro, por otro que no parecía gran cosa.

Días antes de que se lo confesara, la encontró especialmente silenciosa, metida en sí, errante dentro de sus faenas domésticas y hasta de su propia sonrisa, tan permanente:

-¿Te pasa algo?

-Nada, un pequeño dolor de cabeza -pero no le miraba de frente.

Cuando le comunicó su decisión, la tenía sentada delante. Ella jugueteó un momento con las manos, como indecisa, pero cuando se arrancó, lo hizo mirándole a los ojos, con sinceridad y con firmeza:

-Estoy pensando en dejarte.

Entonces fue cuando él le preguntó: ¿cómo dices?, porque le parecía imposible haber escuchado lo que en realidad escuchó. Pero ella volvió a repetírselo con voz suave, con pocas inflexiones, pero con la contundencia del que no está dispuesto a dar marcha atrás.

-Te decía que estoy pensando dejarte...

Se hizo un silencio breve, intenso. Luego ella siguió arremetiendo contra toda su vida, contra todas sus creencias, arrinconándole ante el golpe bajo de la más absoluta sorpresa; tanta que él sólo pudo decir "¿y esto, por qué?, ¿estás segura?" A lo primero, su mujer le contestó que quería a otro; en cuanto a lo segundo, se limitó a asentir un poco tristemente.

A la semana, después de siete días que él recordaba como fantasmales, en los que a pesar de lo dicho comían y dormían juntos, una semana en la que David no dejó de preguntarse, al igual que Laura, cuál había sido su error, qué había hecho mal, ella lo organizó todo y se marchó.

A David le aconsejaron que se quedara con la casa, ya que su mujer le dejaba los niños ("comprende, no puedo llevármelos...") Lo decía con angustia infinita, pero lo decía, pero él, al igual que Laura, tampoco tenía interés en conservarla: sólo le preocupaba saber qué había hecho mal, y a eso, nunca encontró respuesta.

Su mujer, con lo que le correspondió, se compró un apartamento que dejó cerrado y se marchó a vivir con ese otro que la esperaba; con ese otro que, según los amigos comunes, no le llegaba a David a la altura de los talones:

-Te lo aseguro, chico, ¡no lo entiendo!... No sé qué habrá podido ver en ese tipo... incomprensible, incomprensible...

Incomprensible para todos, pero así era.

David buscó nueva casa y fue a parar a la misma de Laura, justo encima de ella. Un piso de unos cien metros, tres habitaciones y dos baños. Un piso de tantos en una moderna y anunciada urbanización, en una moderna y anunciada nueva ciudad. Una vez allí, buscó una mujer que se encargara de la limpieza, un colegio para sus hijos y se dispuso a hacer de padre y madre de familia.





Por supuesto que Laura y David se conocían, ¡cómo no!, intercambiaban saludos al cruzarse en el portal o al subir en el ascensor. También coincidían en las asambleas de vecinos, en las fiestas de la comunidad, en el campo donde sacaban a sus perros y hasta en los puestos de la Galería Sanabria, el mercado donde hacían sus compras los sábados por la mañana. Allí, mientras aguardaban la vez y hacían cola para el pescado, la carne o la fruta, establecían cortos diálogos un tanto impersonales, sin atreverse a nada más:

-Qué, ¿otra vez a la compra?

-¡Qué remedio!

-¿Todo bien?

-Todo bien.

Tantas eran las coincidencias, que los amigos de David le hablaban de Laura y al revés:

-Oye, que esa vecinita tuya no está nada mal... ¿Por qué no salís? ¡Tenéis tantas cosas en común!...

-Tú sola y él solo...

-Tu vecina de abajo te va a la medida, no me lo negarás... Deberías invitarla

un día y salir con ella, conocerla mejor, merece la pena...

-No sé... bueno, quizás...

-¿Es que no te gusta?

-No, no es eso, si no está mal y además parece muy agradable...

-...Y ese chico que vive encima de ti, ¿por qué no le invitas un día a tomar café? No sería mala idea...

-Parece un buen hombre y tan educado...

-Reconoce que sois dos almas gemelas, como salidos del mismo molde..., ¡pero si todo coincide!

Efectivamente, todo coincidía: la casa, la misma distribución, las mismas habitaciones, las mismas ventanas, los mismos horizontes, las mismas calles, los mismos puestos del mercado, las mismas circunstancias... Hasta la edad que, año arriba o abajo, tenían la misma. Sin embargo, y pese a las buenas intenciones de los amigos por aproximarlos, de intentar que reemprendieran un camino en común, las vidas de Laura y David no llegaron a conectar, a entrecruzarse, como habría sido lo lógico: quizás por ser tan paralelas. Percibían demasiado sus mutuas vivencias a través de las tuberías, los tabiques, los ruidos, del impacto de una puerta al cerrarse...; pero como en sordina, sin darse cuenta de que en realidad se trataba de la misma música.

David y Laura no quisieron reconocerse, pese a estar tan próximos y sentirse aparentemente tan afines. Tal vez eso era lo peor: la afinidad. Porque ésta, en lugar de acercarlos, de generar nexos, les creaba rechazo, como al monstruo el espejo: cada uno veía en el otro su propio fracaso.

CARMEN RESINO



MERCADO DE SANABRIA. MAJADAHONDA. MADRID

El mercado de Sanabria está situado en el centro de Majadahonda, y es el más antiguo del municipio. Se inauguró en diciembre de 1979. Tiene una extensión de 3.400 metros cuadrados en su planta sótano, con 35 locales, y 2.980 metros cuadrados en la planta superior, con 28 locales. El mercado da a tres calles: Santa María de la Cabeza, San Isidro y Travesía de San Isidro, con puertas a las tres.